

El tiempo de angustia

“Entonces se levantará Miguel, el gran príncipe protector de tu pueblo. Habrá un período de angustia, como no lo ha habido jamás desde que las naciones existen. Serán salvados los de tu pueblo, cuyo nombre se halla anotado en el libro” (Daniel 12:1).

Cuando finalice el mensaje del tercer ángel, el pueblo de Dios habrá realizado su tarea. Habrá recibido “la lluvia tardía” y estará preparado para la hora de prueba que tiene delante. Se habrá producido la prueba final para el mundo, y todos los que demostraron ser leales a los preceptos divinos habrán recibido “el sello del Dios vivo”. Entonces Jesús deja de interceder en el Santuario celestial y dice en alta voz: “Ya todo está hecho”. “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía” (Apocalipsis 22:11). Cristo ha hecho la expiación en favor de su pueblo y ha borrado los pecados de sus hijos. “La majestad y el poder y la grandeza de los reinos” (Daniel 7:27) están por ser dados a los herederos de la salvación, y Jesús ha de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando él abandona el Santuario, las tinieblas cubren a los habitantes de la Tierra. Los justos deben vivir a la vista de un Dios santo sin intercesor. Desaparecen las restricciones con respecto a los impíos, y Satanás tiene un dominio total de los impenitentes. El Espíritu de Dios por fin se ha retirado. Entonces Satanás arrojará a los habitantes de la Tierra en una angustia grande y final. Los ángeles de Dios dejan de mantener en jaque los vientos furiosos de las pasiones humanas. Todo el mundo se verá envuelto en una ruina más terrible que la que le sobrevino a Jerusalén en la antigüedad. Están ahora listas las fuerzas que solo esperan el permiso divino para esparcir la desolación por doquier.

Los que honran la Ley de Dios serán considerados como la causa de la terrible lucha y el derramamiento de sangre que llena la Tierra de desgracia. El poder que acompaña a la última amonestación ha enfurecido a los malvados, y Satanás despertará el espíritu de odio y persecución contra todos los que han recibido el mensaje.

Cuando la presencia de Dios se retiró de la nación judía, los sacerdotes y el pueblo aún se consideraban los escogidos de Dios. Los servicios del Templo continuaban; la bendición divina se invocaba diariamente sobre un pueblo culpable de la sangre del Hijo de Dios. De manera que, cuando la decisión irrevocable del Santuario haya sido pronunciada y el destino del mundo haya quedado fijado para siempre, los habitantes de la Tierra no lo sabrán. Las formas de

religión continuarán siendo practicadas por un pueblo del cual se ha retirado el Espíritu de Dios; el príncipe del mal los inspirará para que cumplan sus designios malignos.

A medida que el sábado llegue a ser el punto especial de controversia en toda la cristiandad, se insistirá en que los pocos que se oponen a la Iglesia y al Estado no deben ser tolerados, y que es mejor que sufran ellos y no que todas las naciones sean envueltas en la confusión y la violencia. El mismo argumento se presentó contra Cristo. “Les conviene más que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la nación” (S. Juan 11:50). Este argumento parecerá ser concluyente; finalmente se emitirá un decreto contra todos los que santifican el sábado del cuarto Mandamiento, denunciándolos y dando al pueblo la libertad, después de cierto tiempo, de darles muerte. Como el romanismo en el mundo antiguo, el protestantismo apóstata en el Nuevo Mundo seguirá la misma conducta. El pueblo de Dios se verá envuelto entonces en las escenas de angustia descritas como el “tiempo de la angustia de Jacob” (ver Jeremías 30:5-7 y Génesis 32:24-30).

El tiempo de la angustia de Jacob

A causa del engaño practicado para asegurarse la bendición que su padre había destinado para Esaú, Jacob había huido, alarmado por las amenazas mortales de su hermano. Después de permanecer por muchos años en el exilio, se había preparado para regresar a su país natal. Al llegar a sus fronteras, se llenó de terror por las noticias de la aproximación de Esaú, con la indudable intención de vengarse. La única esperanza de Jacob residía en la misericordia de Dios; su única defensa debía ser la oración.

A solas con Dios, Jacob confesó su pecado con profunda humillación. Su vida había llegado a una crisis. En la oscuridad continuaba orando. Repentinamente, una mano se apoya sobre su hombro. Pensó que un enemigo estaba tratando de quitarle la vida. Con toda la energía de la desesperación luchó con su asaltante. Cuando empezó a clarear el alba, el desconocido reveló su poder sobrenatural. Jacob pareció paralizado y cayó, indefenso, como un suplicante lloroso, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Entonces se dio cuenta de que era el ángel del pacto la persona contra la cual había estado luchando. Durante mucho tiempo, había padecido remordimientos por causa de su pecado; ahora debía tener la seguridad de que había sido perdonado. El Ángel lo insta: “¡Suéltame, que ya está por amanecer!” Pero el patriarca exclamó: “¡No te soltaré hasta que me bendigas!” Jacob confesó su debilidad e indignidad y, sin embargo, confió en la misericordia de un Dios que guarda el pacto. Mediante el arrepentimiento y la entrega del yo, este mortal pecador prevaleció sobre la Majestad del Cielo.

Satanás había acusado a Jacob ante Dios por su pecado y había inducido a Esaú a marchar en contra de él. Durante la noche que el patriarca estuvo luchando, Satanás trató de desanimarlo y quebrantar su confianza en Dios. Casi fue inducido a desesperar; pero él ya se había arrepentido sinceramente de su pecado y se aferró al ángel, e insistió en su petición con fervientes clamores hasta que prevaleció.

Así como Satanás acusó a Jacob, también insistirá en sus acusaciones contra el pueblo de Dios, pero la compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste su supremacía. Él ve que santos ángeles los protegen, e infiere que sus pecados han sido perdonados. Tiene conocimiento exacto de los pecados que los indujo a cometer, y declara que el Señor no puede con justicia perdonarlos y al mismo tiempo destruirlos a él y a sus ángeles. Demanda que le sean entregados en sus manos para destruirlos.

El Señor le permite probarlos hasta un grado extremo. La confianza que ellos han depositado en Dios –su fe– será severamente probada. Satanás trata de aterrozarlos. Espera así aniquilar su fe, hacerlos ceder a sus tentaciones y apartarlos de su lealtad a Dios.

La angustia de que Dios sea vituperado

Sin embargo, la angustia que los hijos de Dios sufren no es el terror a la persecución. Lo que temen es que, a causa de alguna falta cometida por ellos, dejen de recibir el cumplimiento de la promesa del Salvador: “Yo [...] te guardaré de la hora de tentación, que vendrá sobre el mundo entero” (Apocalipsis 3:10). Si ellos resultaran ser indignos por causa de sus propios defectos de carácter, el nombre santo de Dios resultaría vituperado.

Señalan el arrepentimiento de sus muchos pecados, que experimentaron en el pasado, y oran por el cumplimiento de la promesa del Salvador: “Vuelvan a mí en busca de ayuda. Que se reconcilien conmigo; sí, que se reconcilien conmigo” (Isaías 27:5, NTV). Aunque sufren angustia y aflicción, no cesan en su intercesión. Se aferran de la mano de Dios como Jacob se aferró del ángel; y el lenguaje de su alma es: “¡No te soltaré hasta que me bendigas!”

Los pecados perdonados

En el tiempo de angustia, si los hijos de Dios tuvieran pecados no confesados, que aparecieran ante ellos mientras el temor y la angustia los torturan, serían abrumados. La desesperación haría desaparecer su fe, y no podrían suplicar a Dios que los libere. Pero no tienen males ocultos que revelar. Sus pecados han sido traídos previamente a juicio y han sido borrados, y no pueden recordarlos.

El Señor mostró en su trato con Jacob que de ninguna manera tolerará el mal. Todos los que se excusan u ocultan sus pecados y permiten que permanezcan en los libros del Cielo sin confesarlos y sin que sean perdonados serán vencidos por Satanás. Cuanto más honorable sea la posición que ocupen, tanto más seguro será el triunfo de su adversario. Los que posponen su preparación no la podrán obtener en el tiempo de angustia ni en ningún tiempo subsiguiente. El caso de todos los tales es desesperado.

La historia de Jacob es también una seguridad de que Dios no desechará a quienes, traicionados para caer en el pecado, han vuelto a Dios con sincero arrepentimiento. El Señor enviará ángeles para consolarlos en tiempos de peligro. El ojo del Señor está sobre su pueblo. Aunque pareciera que las llamas del horno están por consumirlos, el Refinador los sacará como oro probado en fuego.

Una fe que soporta la prueba

El tiempo de congoja y angustia que está delante de nosotros requiere una fe que soporte el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no falte por severa que sea la prueba. La victoria de Jacob es una evidencia del poder de la oración insistente. Todos los que se aferran a las promesas de Dios, como lo hizo Jacob, tendrán el mismo éxito que él obtuvo. ¡Luchar con Dios! ¡Cuán pocos saben lo que esto significa! Cuando las olas de la desesperación envuelven al suplicante, ¡Cuán pocos se aferran con fe a las promesas de Dios!

Los que ejercen solo poca fe ahora se hallan en el mayor peligro de fallar bajo los engaños del poder satánico. Y aun cuando soporten la prueba, se verán envueltos en una congoja mayor en el tiempo de angustia, ya que nunca aprendieron a confiar en Dios como un hábito. Ahora deben comprobar la seguridad de sus promesas.

A menudo se anticipa una dificultad mayor que la realidad, pero esto no es cierto con respecto a la crisis que nos espera. La presentación más vívida no puede alcanzar la magnitud que tendrá la prueba. En ese tiempo cada alma necesitará mantenerse en pie por sí misma delante de Dios.

Ahora, mientras nuestro Sumo Sacerdote está haciendo intercesión por nosotros, debemos tratar de llegar a ser perfectos en Cristo. Ni siquiera en pensamiento pudo nuestro Salvador ser inducido a ceder al poder de la tentación. Satanás halla en los corazones humanos algún punto en el cual puede afianzarse; algún deseo pecaminoso es acariciado, por medio del cual sus tentaciones afirman su poder. Pero Cristo declaró de sí mismo: "Viene el príncipe de este mundo. Él no tiene ningún dominio sobre mí" (S. Juan 14:30). Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera obtener la victoria. No había ningún pecado en él que Satanás pudiera emplear para su ventaja. Esta es la condición en que deben hallarse los que permanezcan firmes en el tiempo de angustia.

Es en esta vida cuando debemos separarnos del pecado, por medio de la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro precioso Salvador nos invita a unirnos a él, a unir nuestra debilidad con su fuerza, nuestra indignidad con sus méritos. A nosotros nos corresponde cooperar con el Cielo en la obra de formar nuestros caracteres según el modelo divino.

Pronto aparecerán en los cielos, como una demostración del poder de los demonios obradores de milagros, señales terribles de carácter sobrenatural. Espíritus de demonios "irán a los reyes de la tierra", en todo el mundo, para instarlos a unirse con Satanás en su última batalla contra el gobierno del Cielo. Surgirán personas que pretendan ser Cristo mismo. Ellas realizarán milagros de sanación y profesarán tener revelaciones del Cielo que contradigan las Escrituras.

El acto culminante

Como acto culminante en el gran drama de engaño, Satanás mismo se hará pasar por Cristo. Por largo tiempo la iglesia ha esperado el advenimiento del Salvador como la consumación de sus esperanzas. Entonces el gran engañador hará

aparecer como que Cristo ha venido. Satanás se manifestará como un ser majestuoso de brillo deslumbrante, imitando la descripción del Hijo de Dios que hay en el Apocalipsis (Apocalipsis 1:13-15).

La gloria que lo rodea superará todo lo que los ojos mortales hayan observado alguna vez. Resuenan los clamores de triunfo: “¡Cristo ha venido!” El pueblo se postra delante de él. Él levanta sus manos y los bendice. Su voz es suave, y a la vez llena de melodía. En tonos compasivos presenta alguna de las verdades celestiales que pronunció el Salvador. Sana a los enfermos, y entonces, en su presunto carácter de Cristo, asevera haber cambiado el reposo del sábado al domingo. Declara que los que observan el séptimo día están blasfemando su nombre. Este es el engaño poderoso, casi irresistible. Multitudes prestan atención a estos actos de magia, y dicen: este es “el gran poder de Dios” (Hechos 8:10, RVC).

El pueblo de Dios no resulta engañado

Pero el pueblo de Dios no resulta engañado. Las enseñanzas de este falso Cristo no están de acuerdo con las Escrituras. Él pronuncia su bendición sobre los adoradores de la bestia y de su imagen, precisamente sobre la clase que, según declara la Biblia, recibirá la ira de Dios sin mezcla de misericordia.

Además, a Satanás no se le permite falsificar la forma en que se producirá el advenimiento de Cristo. El Salvador ha advertido a su pueblo contra el engaño en este punto. “Surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos. [...] Por eso, si les dicen: ‘¡Miren que está en el desierto!’, no salgan; o: ‘¡Miren que está en la casa!’, no lo crean. Porque así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:24-27; ver también S. Mateo 25:31; Apocalipsis 1:7; 1 Tesalonicenses 4:16, 17). No existe posibilidad alguna de falsificar esta venida, pues será presenciada por el mundo entero.

Tan solo los diligentes estudiosos de las Escrituras, quienes han recibido el amor de la verdad, se hallarán escudados contra el poderoso engaño que cautiva al mundo. Por medio del testimonio de la Biblia, estos descubrirán al engañador detrás de su disfraz. ¿Están los hijos de Dios hoy tan firmemente establecidos en la Palabra como para no ceder a la evidencia de sus propios sentidos? En una crisis semejante, ¿se aferrarán ellos a la Biblia, y a la Biblia solamente?

Cuando el decreto emitido por los diversos gobiernos de la cristiandad contra los que guardan los mandamientos de Dios suspenda la protección del Estado y los abandone a merced de aquellos que desean su destrucción, los hijos de Dios huirán de las ciudades y las aldeas y se asociarán en grupos para habitar en los lugares más desolados y solitarios. Muchos, como los cristianos de los valles del Piamonte, hallarán refugio en la fortaleza de las montañas (ver el capítulo 4). Pero muchos, de todas las naciones y de todas las clases, encumbrados y humildes, ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días cansadores arrojados detrás de los barrotes de la cárcel, sentenciados a muerte, y aparentemente abandonados para morir en celdas oscuras y sucias.

¿Olvidará el Señor a su pueblo en esta hora de prueba? ¿Olvidó él al fiel Noé, a Lot, a José, a Elías, a Jeremías o a Daniel? Aunque los enemigos los arrojen en la prisión, las paredes de ella no pueden cortar la comunicación entre sus almas y Cristo. Vendrán ángeles a sus celdas solitarias. La prisión se convertirá en palacio, y los lóbregos muros serán alumbrados como cuando Pablo y Silas cantaban a media-noche en el calabozo de Filipos.

Los juicios de Dios caerán sobre los que tratan de destruir a su pueblo. Para Dios, el castigo es “un acto extraño” (Isaías 28:21, VM; ver también Ezequiel 33:11). El Señor es “clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad [...] y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6, 7). Sin embargo, “no deja sin castigo al culpable” (Nahúm 1:3). La nación a la que soporta desde hace tanto tiempo, y que haya llenado la medida de su iniquidad, beberá finalmente de la copa de su ira sin mezcla de misericordia.

Cuando Cristo cese su intercesión en el Santuario, se derramará sin diluir la ira de Dios amenazada contra los que adoran a la bestia. Las plagas de Egipto fueron similares a los juicios más extensos que han de caer sobre el mundo justamente antes de la liberación final del pueblo de Dios. Dice Juan en el Apocalipsis: “A toda la gente que tenía la marca de la bestia y que adoraba su imagen le salió una llaga maligna y repugnante”. El mar “se convirtió en sangre como de gente masacrada”. También “los ríos y los manantiales” se “convirtieron en sangre”. El ángel declara: “Justo eres tú, el Santo, [...] porque juzgas así: ellos derramaron la sangre de santos y de profetas, y tú les has dado a beber sangre, como se lo merecen” (Apocalipsis 16:2-6). Al condenar al pueblo de Dios a la muerte, ellos se han hecho tan ciertamente culpables de la sangre como si la hubieran vertido con sus manos. Cristo declaró a los judíos de su tiempo culpables de la sangre de los santos seres humanos desde los días de Abel (ver S. Mateo 23:34-36), porque estaban animados por el mismo espíritu que el de los que asesinaron a los profetas.

En la plaga siguiente, se da poder al sol para “quemar con fuego a la gente” (Apocalipsis 16:8, 9). Los profetas describen este tiempo terrible con estas palabras: “Se ha perdido la cosecha de los campos. [...] ¡[Se marchitaron] todos los árboles del campo! ¡Y hasta la alegría de la gente acabó por marchitarse!” “¡Cómo brama el ganado! Vagan sin rumbo las vacas porque no tienen donde pastar. [...] Se han secado los arroyos y el fuego ha devorado los pastizales de la estepa” (Joel 1:11, 12, 18-20).

Estas plagas no son universales; sin embargo, serán los más terribles azotes que jamás se hayan conocido. Todos los juicios anteriores al fin del tiempo de gracia estaban mezclados con misericordia. La sangre de Cristo ha protegido al pecador de la medida plena de su culpa; pero en los juicios finales, la ira es derramada sin diluirla con misericordia. Las multitudes desearán el abrigo de la misericordia de Dios que ellos despreciaron.

Aunque perseguidos y afligidos, y sufriendo por falta de alimentos, los hijos de Dios no serán abandonados para perecer. Los ángeles suplirán sus necesidades. “Se le dará su pan, y su agua será segura” (Isaías 33:16). “Yo, el Señor, los oíré. Yo, el Dios de Israel, no los desampararé” (Isaías 41:17, NRV 2000).

Sin embargo, desde el punto de vista humano, parecerá como que el pueblo de Dios pronto tendrá que sellar su testimonio con su sangre, como hicieron los mártires antes que ellos. Es un tiempo de terrible agonía. Los malvados se regocijan: “¿Dónde está ahora su fe? ¿Por qué no los libra Dios de nuestras manos si son verdaderamente su pueblo?” Pero los que esperan recuerdan la escena de Jesús muriendo en la Cruz del Calvario. A semejanza de Jacob, todos están luchando con Dios.

Grupos de ángeles están en guardia

Hay ángeles estacionados en torno a los que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo. Ellos han presenciado su angustia y han oído sus plegarias. Esperan la palabra de su Comandante para arrebatarlos del peligro. Pero deben continuar esperando un poco más. El pueblo de Dios debe beber de la copa y ser bautizado con el bautismo (ver S. Mateo 20:20-23, RV77). Sin embargo, por causa de los escogidos, el tiempo de la angustia será acortado. El fin vendrá más rápidamente de lo que la personas esperan.

Aunque un decreto general ha fijado el tiempo cuando los observadores de los mandamientos pueden ser muertos, sus enemigos, en algunos casos, se anticiparán al decreto y tratarán de quitarles la vida. Pero ninguno puede pasar a través de los grupos de guardianes estacionados en torno a cada alma fiel. Algunos son asaltados en su huida de las ciudades, pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros humanos.

En todas las épocas seres celestiales han tomado una parte activa en los asuntos de los seres humanos. Han aceptado la hospitalidad de hogares humanos, han actuado como guías de viajeros extraviados, han abierto las puertas de las cárceles y libertado a los siervos del Señor. Vinieron para hacer rodar la piedra de la tumba del Salvador.

Los ángeles visitan las asambleas de los malvados, así como fueron a Sodoma, para determinar si sus habitantes han pasado los límites de la tolerancia de Dios. El Señor, por causa de los pocos que todavía lo sirven, restringe las calamidades y prolonga la tranquilidad de multitudes. Poco se dan cuenta los pecadores de que deben su vida a los pocos fieles que ellos se deleitan en oprimir.

A menudo, en los concilios de este mundo, ángeles han aparecido como oradores. Oídos humanos han escuchado sus discursos, labios humanos han ridiculizado sus consejos. Estos mensajeros celestiales han demostrado ser más capaces de defender la causa de los oprimidos que sus más elocuentes defensores. Han impedido males que habrían causado gran sufrimiento al pueblo de Dios.

Con ferviente anhelo, el pueblo de Dios espera las señales de su Rey que viene. Mientras los que luchan insisten en sus peticiones delante de Dios, el cielo resplandece con el amanecer del día eterno. Como melodía angelical llegan a sus oídos las palabras: “Ya les llega ayuda”. La voz de Cristo sale de las puertas abiertas: “Estoy con ustedes. No teman. Yo he peleado la batalla en favor de ustedes, y en mi nombre son más que vencedores”.

El precioso Salvador enviará ayuda precisamente cuando la necesitemos. El tiempo de angustia es una prueba terrible para el pueblo de Dios, pero todo verdadero creyente puede ver por la fe el arco de la promesa que lo circunda. “Volverán los rescatados del Señor, y entrarán en Sion con cánticos de júbilo; su corona será el gozo eterno. Se llenarán de regocijo y alegría, y se apartarán de ellos el dolor y los gemidos” (Isaías 51:11).

Si se derramara la sangre de los testigos en este tiempo, su fidelidad no resultaría un testimonio para convencer a los demás de la verdad, pues el endurecido corazón ha rechazado las oleadas de misericordia hasta que estas no vuelven más. Si los justos fueran ahora a caer presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. Cristo ha hablado: “¡Anda, pueblo mío, entra en tus habitaciones y cierra tus puertas tras de ti; escóndete por un momento, hasta que pase la ira! ¡Estén alerta!, que el Señor va a salir de su morada para castigar la maldad” (Isaías 26:20, 21).

Gloriosa será la liberación de los que han esperado pacientemente la venida del Señor y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.